

# ¿CÓMO PODEMOS MANTERNOS SIENDO LA SAL DE LA TIERRA?: NO AMANDO AL MUNDO

El Señor me hizo considerar estos dos pasajes:

**1 Juan 2:15 “No améis al mundo ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. v:16 Porque todo lo que hay en el mundo, la pasión de la carne, la pasión de los ojos y la arrogancia de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. v:17 Y el mundo pasa, y también sus pasiones, pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre”.**

**Mateo 5:13 “Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres”.**

No empecemos por el legalismo que nos dice: “*aléjate del mundo*”, eso lo propone la religión. Yo le pregunto: ¿Dónde puede irse y no encontrar el sistema del mundo? En ningún lado. La clave para ser sal no es aislarnos del mundo, lo que tenemos que hacer es “no amar el mundo”. Empezar por aborrecer el mundo, aunque practique cosas del mundo. Déjeme explicarle esto de la siguiente manera: Cuando usted trabaja o estudia, está en el mundo, y esas actividades pertenecen al mundo. Lo mismo sucede cuando practica algún deporte, no existe ningún deporte “cristiano”, y aunque eso no parezca malo, es del mundo. Usted, religiosamente, puede optar por no hacer algunas cosas que a su criterio sean nocivas, pero sepa que aunque no las haga, usted está en el mundo y mientras tenga vida, no puede salir de este contexto. Empecemos con no amar al mundo, que nuestro amor, dedicación, esmero y corazón esté puesto en el Señor, y todo lo que se produzca en el mundo no sea lo más grande en nuestro corazón.

A nosotros nos llamaron a vivir en santificación, alejados del pecado, eso es diferente a vivir en el mundo. Tenemos, en Dios, las armas para vencer al mundo y dejar de correr la ruta de degradación y corrupción en la que ellos andan, El Apóstol Pablo dice en **1 Corintios 6:9 “¿O no sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No os dejéis engañar: ni los inmorales, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los homosexuales, v:10 ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los difamadores, ni los estafadores heredarán el reino de Dios. v:11 Y esto erais algunos de vosotros; pero fuisteis lavados, pero fuisteis santificados, pero fuisteis justificados en el nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios”.** ¡Ah! quiere decir que en otro tiempo fuimos esclavos a los pecados y los desenfrenos del mundo, pero ya fuimos lavados, santificados y justificados en el nombre de nuestro Señor para ya no vivir más de esa manera. No podemos negar el llamamiento que nos ha hecho nuestro Señor: “**...vosotros sois la sal de la tierra**”. Somos la opción que tiene Dios para decirle a las almas que salgan de la corrupción, por lo tanto, nosotros bajo ningún punto de vista deberíamos amar este sistema de corrupción.

Este mensaje debe ser puesto nuevamente en nuestro corazón, a pesar de que quiebre todos nuestros caminos. Hemos vivido de manera relajada, y en cierta manera, hasta pensamos que la gracia de Dios nos permite vivir de esa manera. No hagamos nula la gracia de Dios, no hagamos de nuestra libertad en Cristo un camino para vivir en los deseos de nuestra carne. El Señor nos llamó para que seamos sal, para que seamos la opción de nuestra familia, que los que nos rodean puedan ver que la santidad y la búsqueda de Dios trae un fruto apacible de justicia y de Vida. Salamos nuestras familias, nuestra vecindad, nuestras amistades y todo el entorno en el que vivimos. Si la sal existe es para ser usada, no podemos huir de las amistades, ni enajenarnos de este mundo. El Señor no nos pide que salgamos del mundo, sino que seamos sal en el mundo. Dice **Juan 17:15 “No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal”.**

En una ocasión un hermano me escribió algo, y me decía más o menos lo siguiente: *“Hermano, ¿Qué puedo hacer en esta situación? En mi trabajo tenemos unos cuantos que somos cristianos, pero el resto de los empleados son unos grandes impíos. Yo me oprimo todo el día viendo como ellos caminan y siento que ese ambiente está afectando mi vida espiritual. Los que somos cristianos no hemos adquirido responsabilidad como tales, por lo que nadie ve frutos en nosotros, así que nadie nos respeta, y mucho menos desean juntarse con nosotros”*. El razonamiento del hermano parecía lógico, él creía que no podía mantener su testimonio como Hijo de Dios ante tanta corrupción. Hermanos, el Señor no planificó que la Iglesia se aislara de la corrupción; no hay excusa para ningún Hijo de Dios de decir: *“los compañeros de trabajo me apagan la vida del Señor”*, tal vez el hermano ni siquiera estaba encendido, o en términos de la “sal”, quizás la sal que tenía era muy poca. Si yo tengo una olla grande con agua y frijoles, y pretendo sazónarlos con una pizca de sal, el resultado será como que no les hubiera agregado nada; igualmente para salar un pescado, la sal debe ser abundante, no una pizca. Entonces hermano, Dios no nos puso para rehuir o para bajar la cabeza ante el mundo, pues, ¡Somos la sal de la tierra!. Hay un compromiso con Dios de ser sal, debemos ser el antídoto de la corrupción de este mundo. Dios espera que seamos y funcionemos como la sal del mundo, y si no salamos, tarde o temprano terminaremos reprobados.

Dios espera que nos comprometamos a ser sal. No crea que Dios no nos expondrá ante el mundo, Él no diseñó a Su Iglesia para que se mantenga encerrada entre cuatro paredes. Si lo que Dios espera es que la Iglesia de a conocer Su sabiduría, aun ante los principados en los lugares celestiales, no digamos acá en la tierra. Es como lo que sucede con la crianza de los hijos, hay un tiempo en el que hay que restringir a los hijos, pero también hay un tiempo en el que es necesario soltarlos. Si los padres supieron criar a sus hijos, y los educaron hasta el punto de verlos graduados de médicos, lo lógico es que los hijos trabajen como médicos. No es normal que los padres críen a sus hijos, y éstos lleguen a los cuarenta años dependiendo de papá y mamá. Así también es el trato que Dios nos da, Él espera que crezcamos y manifestemos Sus virtudes divinas en este mundo.

Ser un buen creyente no consiste en ocultarse del mundo, ni tampoco en ser extremistas al punto de utilizar vestimentas extrañas para diferenciarnos de los demás, simplemente consiste en vivir en santidad, estar alejados de la corrupción, y entender que el Señor nos apartó para que demos testimonio de Sus virtudes. Antes de que empiece a despojarse de ciertas cosas, revise cuanto ama aquello que quiere dejar, porque no se trata de despojarse de todo. Habrá cosas que Dios quiere que las deje, pero habrá otras que no. Es trabajo del Espíritu Santo mostrarle a cada uno lo que tiene que dejar. No se trata de no tener un carro nuevo, se trata de no amar el carro nuevo de manera desmedida. La mayoría de nosotros tenemos el testimonio que, ha sido Dios mismo quien nos ha dado muchas cosas, pero el punto es que no debemos amarlas más que a Dios, porque el hecho de que Él las haya provisto, no significa que esas cosas no son del mundo. Todo lo que vemos nosotros es del sistema del mundo, solo Cristo es el Reino.

Si quitamos nuestro corazón de las cosas del mundo, entonces, nuestro corazón estará siempre para con Dios. Empecemos por santificarnos para el Señor con las cosas objetivas que nos menciona el apóstol Juan: **“...los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida...”** (1Juan 2:16). De todo eso debemos cuidarnos. Empecemos por no amar estas cosas, y seguramente, seremos sal en nuestra generación.